

#### RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Karen Bassie-Sweet: *Maya Sacred Geography and the Creator Deities*. Norman, University of Oklahoma Press, 2008, XXII + 359 pp.

Como otros pueblos mesoamericanos, los mayas cultivaron el arte de escribir con éxito e innovación. Las inscripciones jeroglíficas aparecen en superficies distintas alrededor del año 250 d.C.: los textos del periodo Clásico (300-900 d.C.), considerado por los arqueólogos como el apogeo de la civilización maya, son abundantes en comparación con los disponibles para la era Posclásica (900-1524 d.C.). Sin embargo, el hecho de saber cómo documentar la historia y narrar una forma particular de ver el mundo, no había desaparecido al momento de la intrusión española a principios del siglo XVI.

Algo admirable de los pueblos mayas es su habilidad para responder a la invasión y dominación en formas que salvaguardan los aspectos esenciales de su cultura: adaptar las maneras antiguas de hacer las cosas a las nuevas realidades que se les han impuesto, o en las que se encuentran en un momento dado, es la clave para la supervivencia maya. Tal es el caso de la escritura y de los métodos de memoria maya. Rápidos para detectar las ventajas de las convenciones europeas, aprendieron a usar el alfabeto latino y empezaron a escribir de esta manera, documentando así, en una próspera producción de textos, los eventos que les habían ocurrido y las creencias que defendían.

Uno de los textos más celebrados de la producción maya es el *Popol Vuh*, un relato k'iche' del siglo XVI sobre la creación del universo que abarca una vasta multiplicidad de conocimientos, entre los que figuran los mitos, leyendas, memorias de migraciones históricas y narraciones de guerras entre linajes, desde el principio de los tiempos hasta la llegada de los primeros españoles a Guatemala. Ha habido varias interpretaciones del *Popol Vuh*, así como diversas versiones del texto mismo, siendo una de las más recientes la traducción al inglés por Allen Christenson (O Books, 2003). Con esta versión de Christenson es con la que Karen Bassie-Sweet prefiere trabajar en su ambicioso esfuerzo por tomar sus contenidos mitológicos y ubicarlos —literalmente conectarlos con el espacio físico— en la geografía de Guatemala, especialmente en el entorno del altiplano del majestuoso lago de Atitlán.

La autora comienza con la observación de que “la geografía sagrada de los mayas se basaba en la manera en que ellos modificaban y cambiaban el paisaje natural para cultivar el maíz”. Una de sus metas principales, por lo tanto, “es identificar y describir la naturaleza agrícola” de una serie de dei-

dades “quienes, según los mayas, crearon el ciclo del maíz” y “quienes eran considerados responsables de la creación y ordenamiento del mundo y su renovación cíclica” (p. xvii). La hipótesis de Bassie-Sweet es que “[a] analizar el *Popol Vuh* además del arte y los textos jeroglíficos mayas, y hacer analogías con fuentes contemporáneas, los temas principales relacionados con la cosmología maya pueden ser explorados” (p. xvii). Su libro es un ejercicio meticuloso de correlación, realizado con diligente erudición en catorce pródigos capítulos, bellamente ilustrados e intelectualmente absorbentes. El único inconveniente es la confesión de la propia Bassie-Sweet de que sus “experiencias personales en el altiplano de Guatemala han sido limitadas”, lo que obliga a que su información dependa “de las publicaciones ejemplares de docenas de investigadores para entender el paisaje y la cultura de esta región” (p. xiv). Muchos de los individuos en cuyos trabajos se basa confirmarían, o hubiesen recomendado mientras aún vivían, que no existe un sustituto para el trabajo de campo, actividad primordial que ayuda a verificar la aplicabilidad vigente de las observaciones realizadas un año, una década o un siglo atrás. Es una lástima, por lo tanto, que esta autora no pasara tanto tiempo en el campo como lo hicieron los investigadores que ella, con toda razón, admira y en quienes tanto se apoya.

El defecto es más evidente en el Capítulo Dos, “Maíz”, y en el Capítulo Tres, “Eventos y ceremonias agrícolas”. Bassie-Sweet recopila de “docenas de investigadores” (p. xiv) lo que documentan acerca de cómo los mayas cultivan el maíz en todo el altiplano guatemalteco y qué rituales y ceremonias están asociadas con el ciclo agrícola o, para ser más preciso, cómo *solían* cultivar el maíz y qué rituales y ceremonias *solían* estar asociadas con éste. Puede ser que la reverencia hacia el cultivo del santo maíz perdure, pero no se hace mención alguna de cómo se cosecha en la actualidad con la ayuda de pesticidas y fertilizantes para el beneficio de gente con hambre, pero también para el detrimento de la Madre Tierra, como es el caso de la trágica contaminación del lago de Atitlán. De igual manera, muchos de los ritos fascinantes que caracterizaron “el ciclo del maíz” cuando Oliver La Farge y Raymond Stadelman se dedicaban a su trabajo en las décadas de 1930 y 1940, ya no se practican hoy en día o están bajo amenaza y desapareciendo rápidamente. Con demasiada frecuencia, las síntesis de Bassie-Sweet pertenecen a otra época y a otro lugar; sin embargo, son anotadas como existentes y aún presentes. Por ejemplo, no se puede discutir el hecho de que “[e]l proceso de moler maíz a mano es laborioso”, aunque actualmente ya no es necesario “que la mujer se levante antes del ama-

#### RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

necer” (p. 30) para preparar la masa con la que se hacen las tortillas y se alimenta a la familia. No es el canto de los gallos lo que despierta a la gente en la campiña maya hoy en día, sino el estrépito de los desvencijados molinos de maíz motorizados. Y si esta autora se dirigiera “a la boca costa del Pacífico y a través del área costera” seguramente podría observar, por lo menos en esta última, no “ricas plantaciones de cacao” (p. 240) como en la época precolombina o a principios de la Colonia, sino vastas plantaciones de azúcar y algodón trabajadas de forma industrial. No existe, repito, un sustituto para el trabajo de campo, dónde y cuándo sea.

Asimismo, si bien no se puede negar su formidable dominio de la literatura sobre arqueología, la dependencia de Bassie-Sweet de la comprensión que alguien más tuviese de la historia del periodo colonial de vez en cuando le puede defraudar. “Hacer ofrendas en el centro y en las cuatro esquinas de la milpa”, escribe, “es uno de los rituales más comunes” (p. 46) —o por lo menos *solía* ser. Atribuyéndole a Christenson lo que a continuación declara, nos informa: “Poco después de la conquista española, Francisco Ximénez registró un ritual de este tipo” (p. 46). Cuando fungía como padre cura de la parroquia en Chichicastenango, a Ximénez le mostraron el original del *Popol Vuh*, del cual hizo una copia que actualmente se encuentra en la Newberry Library de Chicago. Al fraile dominico, no obstante, se le confió el precioso original no “[p]oco después de la conquista española”, sino a finales del siglo XVII o principios del XVIII, que también es cuando observó, según cabe suponer, “que el campesino colocó fuego e incienso en el centro y en las cuatro esquinas de su sembrado” (p. 46). Aunque quizá no sea un error tan importante en sí, bien pudo haberse evitado al consultar las obras de Ximénez directamente, y no depender tanto del texto de Christenson.

Este libro, en gran medida, es una especialidad con la que los mayistas pertinaces se deleitarán y de la cual obtendrán gran satisfacción, ya que la habilidad de Bassie-Sweet para conectar una gran cantidad de reflexiones contenidas en el *Popol Vuh* con características geográficas disímiles es impresionante, ya sean las manifestaciones terrestres en forma de ríos, lagos, montañas, volcanes, valles o localidades habitadas. Sospecho, sin embargo, que la mayoría de los americanistas se sentirán complacidos de saber que una copia del libro, otro elegante volumen de la Editorial de la Universidad de Oklahoma, está disponible para su consulta en una biblioteca universitaria o un centro de estudios avanzados.—W. GEORGE LOVELL, Queen’s University, Canadá.